

# Un paréntesis alentador

Un día viernes, en una primavera tarde de mayo, me dirijo al Hall de los Graduados en la Universidad de Columbia. En uno de los bancos que anteceden a la entrada del edificio, hay una pareja de estudiantes iniciando el rito primaveral. El, en mangas de camisa y pantalones claros se ha apoderado momentáneamente de la mano de ella que viste de azul y que, después de unos instantes, retira con coquetería la mano invasora.

En el Hall de los Graduados todo parece estar igual que siempre, salvo un pequeño y refrescante detalle. En la mesa central, donde respetables señoras de pelo blanco suelen ofrecer de 4 a 5, té y simpatía a los estudiantes, en vez de las tazas de té y el recipiente de loza, se ven grandes poncheras con jugo de naranja rodeadas de vasos. Una empleada vierte despreocupadamente ginger ale en la naranjada. Pienso que con el cambio de estación, ha cambiado la bebida en el hall de los graduados y me sumerjo en la revista "Cue", guía obligada del neoyorquino que desea orientarse en las mil y unas posibilidades de entretención que la ciudad le ofrece, para programar mi fin de semana.

A las 4 en punto, una avalancha de estudiantes invade el Hall. Noto algo extraño en el rumor de su conversación, en la excitación que se desprende de su súbita entrada. De pronto, me doy cuenta de que, a mi alrededor, no se habla inglés, sino otro idioma que no me cuesta identificar: Es ruso.

Con decepción me doy cuenta de que no estoy presenciando la súbita invasión de Rusia en los Estados Unidos, como en un principio pensé, sino que se trata de la visita de la compañía de bailes populares rusos "Moyseyev" a la Universidad de Columbia. La compañía ha triunfado plenamente en el Metropolitan Opera House y se ha visto obligada a cambiar el itinerario de su gira para hacer tres representaciones más en el inmenso Madison Square Garden, cuyas entradas se agotaron no obstante, el mismo día en que se anunciaron las funciones.

Los estudiantes del idioma ruso de la Universidad de Columbia sirven de anfitriones. Las bailarinas, visten con sencillez no desprovista de elegancia; son, en su mayoría, rubias y delgadas, sus trajes sencillos, sin adornos, son o celestes y de una pieza o una combinación de una blusa amarilla y una falda de lana café. Ellos, los bailarines, usan chaquetas de tweed de colores sobrios y de tejido algo burdo y pantalones de franela. A su alrededor, el multicolorido de los trajes universitarios norteamericanos.

Cada miembro de la compañía de baile es rodeado por una docena de estudiantes norteamericanos. Hablan, especialmente, ruso y, de vez en vez, un oficio-

so intérprete traduce al resto en inglés algo de lo que se ha dicho. Pero si las integrantes del ballet ruso no hablan en su mayoría inglés, todas saben sonreír, sonreír admirablemente, mostrándose deseadas, tan deseosas como los propios estudiantes norteamericanos por conocer el mundo a donde han llegado y el mundo de donde provienen. Dos mundos entre los cuales la gente se empeña en poner cortinas de toda clase de material.

Porque en ese momento en el Hall de Graduados de la Universidad de Columbia, tengo la impresión de estar presenciando un momento trascendental, en que la juventud de dos mundos antagónicos, se da la mano, conversa y sonríe, olvidándose de sus sistemas de vidas, haciendo abstracción de consignas políticas y verificando mutuamente su calidad de seres humanos.

—“No —habrá pensado más de uno de los rusos—, estos jóvenes no tienen aspecto de asesinos, ni de degenerados por las drogas. Hablan otro idioma, pero sienten y piensan como nosotros”

—“No —se habrá dicho más de un norteamericano—, estos bailarines no tienen aspecto de criminales, ni sus palabras y sentimientos no están dictados por una maquinaria estatal”

En un rincón, el vicepresidente de la Universidad de Columbia, conversa mediante un intérprete —el coreógrafo de la compañía— con el representante de la delegación rusa. Le dice:

“Estoy seguro de que si se repiten estas visitas y ellas son recíprocas, lograremos un mayor entendimiento y comprensión entre los dos pueblos”

El intérprete traduce al ruso estas palabras y son contestadas en un largo discurso en idioma eslavo. El intérprete se limita a traducir: “Dice que él espera otro tanto”

En medio del Hall de Graduados de la Universidad de Columbia se ha producido un refrescante parentesis en la guerra fría. Más allá de las amenazadoras palabras de Khrushchev y de Foster Dulles, hay sonrisas que se intercambian y que pueden tener más fuerza que un manifiesto o una declaración formal ante las Naciones Unidas.

La reunión termina y norteamericanos y rusos confundidos en diversos grupos se dirigen al jardín de la Universidad. En el banco de la pucita, el joven en mangas de camisa y la niña de azul ya han llegado a un abrazo que ninguno de los dos pretende deshacer.

A ellos, no les importa la guerra fría. A estos bailarines rusos, y a estos estudiantes de la Universidad de Columbia que se dirigen ahora, orgullosos a mostrar su magnífica biblioteca a sus huéspedes, tampoco.

SERGIO VODANOVIC.